

Mujer y ecumenismo

"Yo soy mujer, animal con palabras y exijo que me dejen usarlas";

"vivo cada día para matar la muerte, vivo cada día para parir la vida". Estas son algunas de las frases que utilizó Nelly Ritche, pastora metodista residente en Rosario, al compartir su definición de ser mujer: como un camino, como un proceso, y su espacio de participación en las Iglesias. El pasado 14 y 15 de junio expuso sus reflexiones sobre el tema "Mujer e Iglesia" como parte del Programa de Formación que ofrece el Centro Ecuménico de Córdoba. Tiempo Latinoamericano dialogó con ella sobre este y otros temas de la actualidad ecuménica y femenina.

—Nelly, ¿cuál es tu opinión sobre la situación actual del Ecumenismo en Argentina y sus desafíos?

—Creo que no estamos pasando por nuestra mejor etapa, habría que detenerse y hacer un análisis muy serio. Puedo mencionar algunas de las cosas que nos están afectando. Por ejemplo, en Argentina, el hecho de haber identificado movimientos ecuménicos con ciertos proyectos y programas ecuménicos, con ciertas iniciativas ecuménicas que fueron coyunturales, que surgieron en determinados momentos, algunos de bastante corto alcance. Estamos en el momento de tratar de redescubrir el ecumenismo como un movimiento mucho mayor, del que surgen ciertas iniciativas que se transforman en proyectos, o ciertas ideas que se concretan en programas. Esto no abarca todo lo que es el ecumenismo, si pensamos que ecumenismo viene de *oikoumene*, que es el mundo habitado, la gran casa de Dios, como se lo suele llamar. Entonces tiene que ver con la vida toda, la Justicia, la dignidad, la Libertad. Y tiene que ver con eso en el ámbito de aquellos que confiesan a un Dios de la Liberación, a un Dios de la Vida. Me parece que para nosotros los cristianos el ecumenismo no puede ser nunca una opción, como lo puede ser participar de alguna actividad. No es una actividad, es una actitud, un mandamiento. De algún modo, nuestra Fe va a ser probada allí, en la capacidad de ser, de ser

uno, para que nuestro testimonio tenga validez ante la gente.

—Considerando esta actitud ecuménica, ¿qué postura observas en la Iglesia Católica?

—Al respecto, haría una gran diferencia entre las Comunidades de Base de la Iglesia y las decisiones a nivel jerárquico o directivo. Descubro interesantes signos de ecumenismo dentro de las parroquias, de grupos de gentes que están involucradas en tareas junto a otros que piensan distinto. Mientras que a veces descubro —y no sólo refiriéndome a la Iglesia Católica, también sucede en las Evangélicas— muchas actitudes sectarias que, creo, nacen de ciertas inseguridades, del intento de buscar la Iglesia como un refugio y no como un ámbito donde se puede crear, recrear, donde se puede pensar e impulsar el pensamiento, y el pensamiento distinto. En general el ser humano tiene temor a lo nuevo, a lo diferente y eso se nota en las Iglesias. Las realidades objetivas que nos dividen no son tantas, son fantasmas y hay que desarticularlos.

—Teniendo en cuenta lo que significa el "ser mujer", ¿qué relación ves entre los movimientos feministas y las Iglesias?

—No puedo opinar de las Iglesias en general, sí hablar de mi propia experiencia. En ese sentido, el movimiento feminista a nivel mundial de algún modo nos sacudió a muchas mujeres de cierta certeza que teníamos hasta el momento: de que éramos incluídas, tomadas en cuenta, que éramos parte de. Y, de pronto, ante ciertas propuestas tal vez radicalizadas, nos empezamos a preguntar si era tan así como creíamos. Para mí, el movimiento feminista con su origen en el mundo del norte —digamos— tuvo función de disparador, me hizo preguntarme cosas e ir descubriendo nuestras diferencias. En el continente latinoamericano nuestras búsquedas han ido por otros lados. En el momento del surgimiento del movimiento feminista, estábamos muy abocadas a la defensa de los derechos de todos y no a la defensa de los derechos de una parte. Pero cuando empezás a preguntarte, no podés quedarte sin respuestas y entonces descubriste que hay exclusiones, distintas tal vez a las que se dan en otros ámbitos, pero existen. En la Iglesia hay un convencimiento de que somos protagonistas si hace-



mos ciertas tareas. Ese protagonismo no pasa por ahí sino por hacer valer lo que pensamos y lo que sentimos más que el hacer. En eso tenemos una gran deuda.

—Nelly, ¿cuáles son las herramientas básicas para que la mujer, en su vida cotidiana, rompa con el sistema patriarcal y su estructura?

—Hay algunas particularidades. Lo que me parece que es una constante en el quehacer desde la perspectiva de la mujer —y es ahí donde yo defino si es perspectiva de mujer o no—, yo diría, ante la competitividad, cooperación. Vivimos en una estructura competitiva donde hay necesidad de gestar espacios de cooperación. Ante la resignación, que supuestamente debe ser la actitud de la mujer, resistencia a todo aquello que creemos que no dignifica la vida. Frente a la pasividad que nos propone una estructura patriarcal, el pleno protagonismo. Frente a un discurso dado, la capacidad de desarticularlo, ver qué nos están diciendo. Frente a la palabra que se nos impone, la propia palabra, la de "ser mujer".

Juanca Stauber